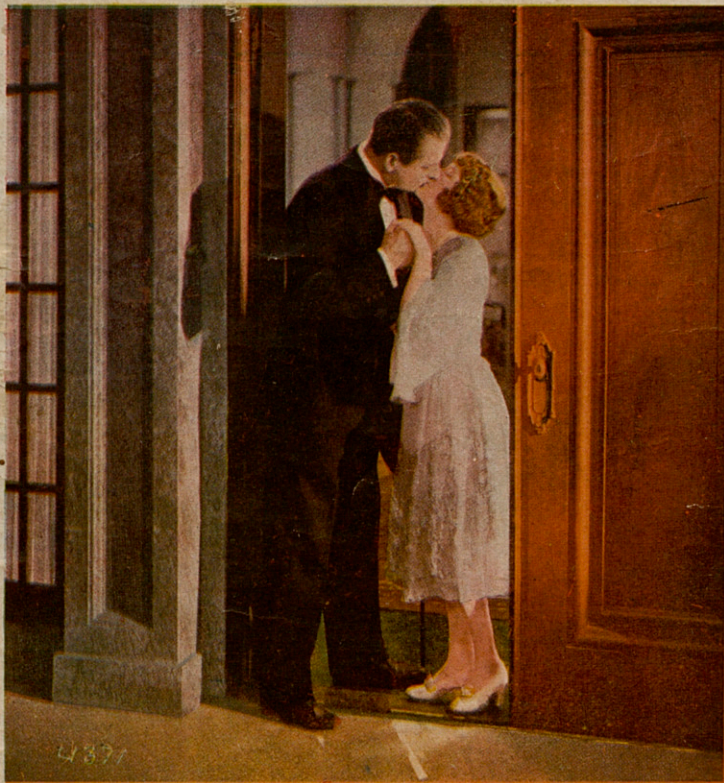


Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

Núm. 68

25 cts.



EL LIBERTINO por
REGINALD DENNY

POLLARD, HARRY

Biblioteca Ilusión

El Libertino

(WHAT HAPPENED TO JONES, 1925)

Versión literaria de la película del mismo
título, interpretada por el notable artista

REGINALD DENNY

y OTIS HARLAN

por

CRISPULO GOTARREDONA

Guió : MELVILLE BROWN

Exclusiva

HISPANO AMERICAN FILM

Calle Valencia, 233 : Barcelona



REDACCION Y ADMINISTRACION

PARIS, 204 : BARCELONA

El Libertino

REGINALD DENNY

HISPANO AMERICAN FILM

Tipografía La Académica
Herederos de Serra y Russell
Calle Enrique Granados, 118
Teléfono G-704 : Barcelona

EL LIBERTINO

I

*Antes que te cases,
mira lo que haces...*

De una de las más encopetadas Universidades inglesas, Lucila Bigbi había regresado al hogar paterno, en Nueva York, con dos cosas de muy distinta trascendencia : un diploma y un novio.

La escrupulosa enumeración de los episodios en virtud de los cuales el nombre de Lucila Bigbi formaría anagrama con el de Tom Jones, santificado por el lazo matrimonial, sería bastante difícil de ordenar.

Se conocieron en la propia Universidad, cultivaron una amistad que cada día fué arraigando más en su espíritu, y otro (otro día), Tom Jones formuló esta absurda petición, causa de la desgracia de tantos hombres :

— ¿Quiere usted ser mi esposa?

A partir de este momento, verdaderamente sentimental, Lucila y Tom tuvieron infinidad de ocasiones para jurarse amor eterno.

Cuando después Lucila regresó a su hogar con el diploma, Tom no pudo resignarse a tal separación y fué con ella a Nueva York. Sus relaciones habían entrado en una fase que pudiéramos llamar de fusión completa, estado de imbecilidad que sólo se consolida y afirma con el matrimonio.

De los innumerables pretendientes que dejara en Nueva York Lucila, el favorito de su padre era Henry Fuller, un lejano pariente que, por diversas razones, daba pruebas de ser un verdadero primo.

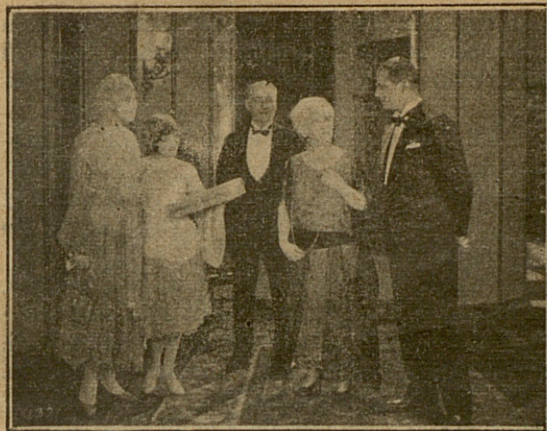
No obstante la marcada predilección del señor Bigbi, su linda hija se oponía sistemáticamente a sus designios y cada vez que el padre quería hacer prevalecer su autoridad, ella se rebelaba y exclamaba esta frase profunda, no exenta de lógica :

— ¡Papá! ¡Soy yo la que me caso!

— Naturalmente, hija — murmuraba el señor Bigbi un tanto desconcertado.

— Pues deja que yo elija el que ha de ser mi marido...

El pobre Henry Fuller, no obstante las repetidas negativas, insistía cada vez con más empeño en sus ataques contra la débil fortaleza, y hubo de ver, con el consiguiente sentimiento, como el intruso que había seguido a Lucila desde Londres entraba en la casa, se hacía con la confianza de todos y pedía la mano de la muchacha, prometiendo solemnemente que sabría hacerla dichosa.



Después de las presentaciones de rigor...

No gozaba Tom todas las simpatías de la familia Bigbi. El padre, por ejemplo, le miraba con cierta antipatía, pero, hombre razonable, hubo de avenirse a los deseos de su hija.

Y en este estado de cosas llegó la víspera de la boda.

Henry Fuller, que había agotado todos los recursos para hacerla disuadir — como si fuera cosa tan fácil cambiar el curso de un río... — con el peor resultado, y quiso intentar la última prueba.

— Ya ves, Lucila... De rodillas te lo pido. Aun estás a tiempo de deshacer el disparate

que significa tu boda de mañana. ¿A quién se le ocurre casarse con un forastero... con un extraño... con una especie de soldado desconocido?

Lucila defendió con elocuencia a su prometido.

— No sufras por mí, Henry. Además, hoy mismo voy a presentártelo y verás como no es tan extraño.

El novio importado por Lucila no tenía, en efecto, nada de extraño. Es más : en cualquier parte podía pasar por un hombre guapo, elegante y extraordinariamente simpático. Este juicio general habían formulado las innumerables amigas de Lucila.

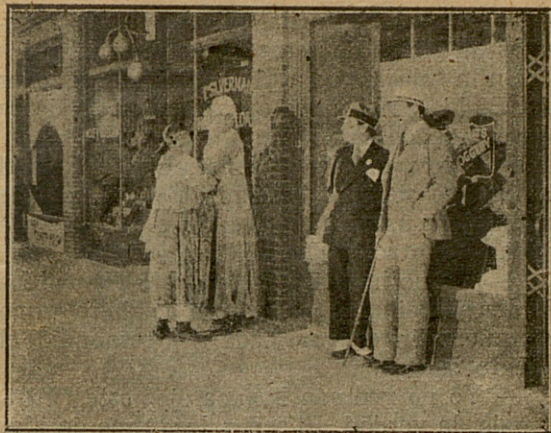
Mientras prima y primo se hallaban hablando de él de tan diversa manera, Tom llegaba a la casa y pedía al criado que salió a abrirle :

— No me anuncie a la señorita. Quiero darle una sorpresa.

Si Tom hubiese sido casado, se habría llevado un gran disgusto cuando entró en el salón y vio a un desconocido arrodillado ante su novia. Pero un novio a la moderna puede ver estas cosas sin considerarse ofendido ; mucho más cuando después de la sorpresa de su entrada, Bigbi se creyó en el caso de dar a conocer al desconocido.

— Henry : Permíteme que te presente al señor Tom Jones, mi futuro esposo.

Unas displicentes palabras de saludo por



Dos pollos «peras» les iban siguiendo...

parte de ambos confirmaron a Henry que Jones era el hombre más antipático del mundo, y a Jones le hicieron comprender que debía echárselo de encima cuanto antes.

— ¡Qué lástima que ya tenga usted que marcharse, señor Fuller! — exclamó Jones poniendo cara de sentimiento.

— Sí... verdaderamente — murmuró el aludido, comprendiendo la doble intención de aquella frase.

Antes de despedirse, aun tuvo tiempo de dejar caer en los oídos de Lucila estas palabras :

— ¡Ya sabes, Lucila! ¡Si alguna vez necesitas un amigo de veras... cuenta conmigo!

En la sala inmediata Henry halló al señor de Bigbi. Salía muy apesadumbrado de la despedida de su prima y le dijo :

— Estoy desolado, señor Bigbi. Por el amor que siempre he sentido por Lucila le aconsejo a usted que investigue acerca de la vida y reputación de su futuro yerno.

— ¡Ya no hay tiempo, querido Henry! La boda es inminente y a la hora de ahora ya no se puede investigar nada — respondió el futuro suegro.

— Yo no veo con buenos ojos este matrimonio, la verdad. El señor Jones me da idea de un hombre crapuloso, de vida desordenada, incapaz de hacer feliz a *nuestra* Lucila.

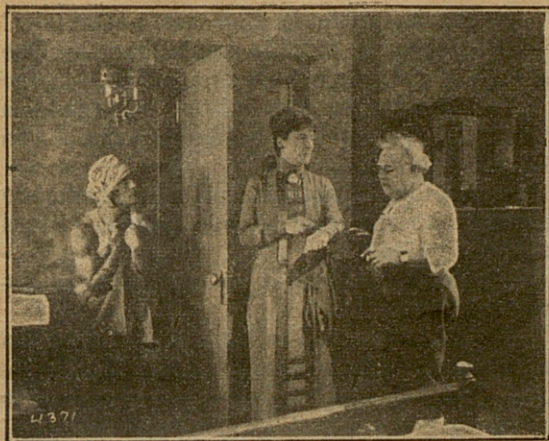
Entretanto, la presunta víctima del señor Jones y éste hallábanse en el salón examinando los regalos.

— Después de marcharte este mediodía — dijo Lucila — recibimos otros dos pares de candelabros.

— ¿Más candelabros? — exclamó Jones, consternado.

No podía por menos : sobre las mesas veíanse alineados ininidad de candeleros. Parecía que todas las amistades se habían puesto de acuerdo para mandar el mismo regalo a los contrayentes.

— ¡Es curioso tanto candelero! — añadió



¿Cómo es que no estás ya camino de la estación para recibir a tu hermano el señor obispo?

Jones. — ¡No parece sino que todos deseen que nos quedemos a dos velas!

En esto, la doncella anunció otra visita : una amiga de Lucila que venía a llevarle su correspondiente regalo.

Después de las presentaciones de rigor, la amiga dijo :

— No he venido más que a dejar mi regalo de bodas y me voy corriendo porque es mi noche de baño turco...

Y desdobló el envoltorio : un magnífico par de candelabros.

— ¡Precisamente lo que nos hacía falta! — dijo Jones con forzada amabilidad. — ¡Qué acierto y qué gusto ha tenido usted!

— Seguramente los habrás encargado a propósito, ¿verdad? — añadió Lucila con alguna ironía.

Se despidió la amiga. Lucila la acompañó hasta la puerta recordándole que no faltara al día siguiente.

— ¡Tienes un novio simpatiquísimo! — dijo la amiga.

— ¿Sabes por qué se les ha ocurrido a tus amistades regalarnos tantos candelabros? — dijo Jones cuando volvieron a encontrarse solos.

— No sé...

— Pues mira...

Y volviendo varios candelabros mostró unas etiquetas que decían :

SALDO
5 DÓLARES

El matrimonio trae aparejado consigo muchas cosas desagradables : una de las cuales son los consejos y reflexiones que se creen en el derecho de hacernos los allegados.

Jones pasó por ese trance y hubo de resistir, con la actitud que las circunstancias exigían, un pequeño sermón que se creyó en el caso de hacerle el señor Bigbi en presencia de su esposa y de su prometida.

— Señor Jones — dijo solemnemente. — Hasta ahora nada le he preguntado de su vida, de sus costumbres y de sus hábitos, que supongo están por encima de todo reproche...

El interpelado hizo un signo de asentimiento y el futuro suegro continuó :

— Pero sepa usted, joven, que el más ligero tropiezo, la más leve falta que atente contra la felicidad de mi hija, será castigada por mí con toda energía.

Jones prometió todo lo que en casos semejantes se acostumbra prometer y todos quedaron al parecer satisfechos.

Antes de marcharse, todavía los novios pudieron hablar unos momentos a solas :

— Prométeme que te irás derechito a casa y que descansarás toda la noche.

Jones prometió. Aquella noche todo acababa en promesas.

II

La familia Goodly, de Nueva York, sobre ser bastante distinguida, no había alcanzado la popularidad que por unos días disfrutó, a no ser por la relación que tuvo con el protagonista de esta obra.

La morada de los señores Goodly fué hasta el día a que nos referimos, uno de esos hogares perfectos en que una sola persona manda y dispone, gozando por parte de los demás de

una sumisión admirable. La persona que gozaba tal ascendiente en el apacible hogar de esta ejemplar familia, era la señora Goodly.

El señor Goodly era lo que comúnmente se llama un cero a la izquierda. Su apacible continente, su conformidad ante todo, su ejemplar docilidad, le convertían en el marido ideal.

El matrimonio Goodly tenía una hija: Margarita, y Ricardito Carter era el prometido de Margarita.

Imaginaos el apacible ambiente del comedor de la casa los Goodly, en la apetente hora de la cena. Durante quince o veinte días seguidos, en los postres, el señor Goodly ha exclamado tímidamente :

— Esta noche también tenemos junta de accionistas.

Cosa terrible las juntas de accionistas. Si el señor Goodly fuese otro, la señora tendría más de un motivo para sospechar, pero no : a su carácter bovino, su marido une el tipo más opuesto al del conquistador profesional.

— ¡Me parece que ya son muchas juntas de accionistas! — exclamó la señora Goodly. — ¡Un día me las vas a pagar todas juntas!

Después de la cena, el señor Goodly depositó un beso en la frente de su esposa.

— No vuelvas tarde. Acuérdate de que tu hermano el obispo llega mañana temprano — advirtió la señora.

En efecto : el día siguiente debía llegar el



Pues en que en estos pantalones hemos hallado este billettero

obispo de Santa Sinforosa de California para pasar unas breves vacaciones con su hermano y conocer a su cuñada y sobrina.

El sitio donde acostumbraba a reunirse la junta de accionistas de la sociedad a que pertenecía el señor Goodly, era la habitación de un hotel. Allí se resolvían los graves asuntos de la sociedad con las cartas a la vista. No queremos poner en duda que se trataban asuntos comerciales entre partida y partida, pero el principal objeto de la reunión era jugar al frívolo e inocente *poker*.

Tom Jones, por su parte, había hecho el propósito de cumplir al pie de la letra la promesa que hiciera a su novia.

— Quiero acostarme en seguida. Mañana tengo que hacer muchas cosas, entre ellas casarme, y no puedo perder el tiempo... — iba pensando por el camino.

Y con estas buenas intenciones, se dirigió a su hotel, el mismo donde sus amigos jugaban la cotidiana partida de *poker*.

— Vamos a dejar la puerta abierta para que veamos cuándo pasa mi amigo Tom — había dicho el señor Goodly.

Y Tom llegó, y por más que hizo para evitar que sus amigos le viesan, no pudo conseguirlo: la rotura de un jarro, con el que tropezó en el corredor, le delató.

— Amigo Tom, le estábamos aguardando — exclamó el señor Goodly.

— ¡Nada! ¡De ninguna manera! ¡Mañana me caso y no puedo perder la noche!

Estas razones no parecieron suficientemente poderosas a sus amigos, los cuales insistieron con tanto calor, que al fin nuestro personaje hubo de rendirse.

— En fin... Si tanto insisten ustedes... me sacrificaré; pero quedamos en que sólo jugaré una mano... — advirtió.

Jugó una mano... y dos... y tres... Ya se sabe que el que hace un cesto, fabrica ciento.

La suerte se puso de su parte, y casi toda

la partida disfrutó los favores de esa veleidososa señora.

Mas la «junta» se dispersó tumultuosamente en lo mejor de sus «deliberaciones» a consecuencia de haber sido sorprendidos por la policía.

No sabemos si el lector se habrá visto alguna vez perseguido por la policía. En caso afirmativo sabrá la agilidad que adquieren los músculos y la habilidad con que se salvan los obstáculos que se oponen al paso de uno. El señor Goodly y Tom Jones que se aliaron para escapar de sus perseguidores, adquirieron una agilidad extraordinaria, muy notable por parte del primero si se tienen en cuenta sus años y su peso bruto. Saltaron ventanas, bajaron escaleras, corrieron desenfrenadamente, y, por fin, se metieron por una ventana abierta, perseguidos de cerca por la policía.

La adversidad les había llevado al instituto de belleza femenina de madame Marcelle, establecimiento en que por una módica cantidad las señoras podían adquirir una belleza perfecta.

Nuestros perseguidos padecieron lo indecible. A cada momento veíanse delatados por sus propios vestidos. Se imaginaban el escándalo que iba a producirse cuando las damas que iban y venían por los pasillos se dieran cuenta de ellos.

Por fin se metió cada uno en un baño eléc-

trico, cubriendo sus respectivas cabezas con toallas.

— ¿Las señoras desean un baño eléctrico? — les dijo una solícita doncella de la casa.

Ellos respondieron con un asentimiento de cabeza y momentos después sudaban más que unas esponjas. Primero, como medida preventiva, fueron desprendiéndose de sus vestidos hasta quedar en ropas menores, y no pudiendo resistir aún así la insoportable temperatura del baño, optaron por salir.

Goodly y Jones recordarán toda la vida los angustiosos momentos que pasaron en el instituto de belleza. No han quedado con ganas de poner los pies en ningún otro, pues las buenas vistas no compensan en modo alguno lo que se padece cuando el peligro de verse cogido gravita sobre la cabeza de uno.

La situación era asaz comprometida y en su desesperación acordaron vestirse de mujer para ver de escapar de aquel antro de belleza.

Así no les fué difícil la salida. En el vestíbulo se encontraron con los guardias que no habían cesado en su empeño de perseguirles, pero no fueron reconocidos.

Por una de aquellas casualidades que se dan cuando las cosas se ponen a ir mal, los guardias salieron tras ellos y notaron que se contoneaban tal vez demasiado, por cuyo motivo les siguieron a una prudente distancia.



...Y al ver a Jones disfrazado de obispo...

Dos pollos «pera» les iban siguiendo y tenían la pretensión de acompañarlas.

— Vamos, señoritas — decía uno de ellos. — Déjenos ustedes que las acompañemos. Es muy tarde para que dos jóvenes vayan solas por la calle.

Como los jóvenes no se avenían a razones, Jones los metió en un portal y allí les dió una tunda capaz de escarmentarles por todos los días de su vida de seguir señoras.

Y aquí empezó una persecución más encarnizada de los guardias.

Omitimos la relación de la persecución de que fueron objeto aquella noche. Sólo di-

remos que a la madrugada del día siguiente pudieron escapar de la policía montando en un coche de reparto de leche.

Así llegaron a su casa en un estado imposible de describir. Salió a abrirles la criada y como por nada del mundo el señor Goodly hubiese querido verse sorprendido por su mujer, hizo una seña a la criada y los tres se metieron en su cuarto.

— Sobre todo, Agamenunda, no lo olvides : si te preguntan no sabes nada...

— Está bien ; no sé nada.

Poco después se presentaba en el cuarto la propia señora Goodly en persona.

— ¿Cómo es que no estás ya camino de la estación para recibir a tu hermano, el señor obispo?

— Pero nenita, ¿no ves que acabo de levantarme y me estoy vistiendo?

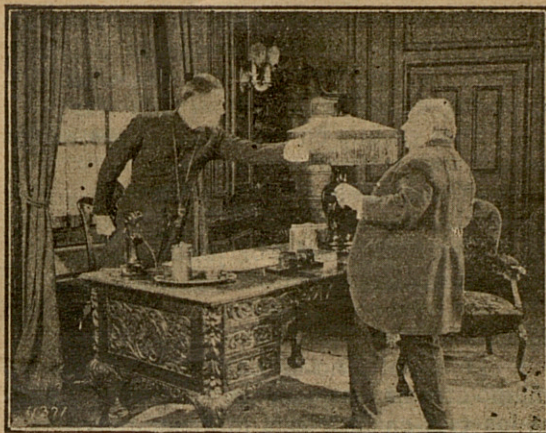
La señora Goodly salió y en el pasillo encontró a su hija.

— Tu padre se ha levantado demasiado tarde y me temo que no llegue a tiempo a la estación y el pobre señor obispo se pierda en esta corrompida ciudad.

Margarita traía un paquete que acababa de dejar un mozo de la estación.

— Es un traje que ha enviado el señor obispo para que se lo planchemos y pueda ponerse en cuanto llegue.

Si la providencia hubiese mandado aquel traje de pastor protestante, no habría estado



¡Usted, sólo usted tiene la culpa de todo lo que pasa!

más oportuno. Precisamente, cuando la señora Goodly entró a dejarlo, Jones trataba de ponerse unos pantalones de su marido, pero le venían tan grandes, que era imposible.

Cuando quedaron solos, acordaron que se vistiera el traje del obispo, para llegar hasta su casa, y desde allí lo mandaría por un criado.

Casi a la misma hora unos policías se presentaban en casa del señor Bigbi y en presencia de toda la familia daban cuenta de lo ocurrido la noche anterior con la partida sor-

prendida y de la sospecha de que uno de los fugitivos fuese el futuro marido de Lucila.

— ¿Y en qué fundan sus sospechas? — preguntó el señor Bigbi.

— Pues en que en estos pantalones hemos hallado este billeteo.

— ¿Y por qué le persiguen ustedes? — preguntó Lucila ingenuamente.

— ¡Por casi nada! Por jugar a los prohibidos, por allanamiento de morada, por sá-tiro, por robo con violencia y por usurpación de estado civil.

— ¡Y si antes no le echamos el guante. — añadió otro de los guardias, — en cuanto ponga los pies en la iglesia lo atraparemos!

III

Convenientemente disfrazado con el traje del obispo iba a salir Jones, cuando a punto de trasponer el umbral les sorprendió la señora Goodly.

El señor Goodly resolvió la situación con esa clarividencia propia de toda persona que se encuentra entre la espada y la pared, y echándose en los brazos de Jones, le apretó efusivamente contra su pecho.

— ¡Hermano mío! ¡Tantos años sin verte!

Y luego, volviéndose hacia su mujer, hizo la presentación :

— Mujercita mía... Aquí tienes a mi hermano, el obispo de Santa Sinforosa de California.

— ¡Pero si yo creí que era usted mucho más viejo!

— ¡Psé... no soy tan joven! Me conservo bien gracias al ejercicio, a los baños eléctricos, al vapor, señora Goodly.

La señora Goodly, que tenía a mucho honor el ser cuñada de un obispo, se deshacía en obsequios.

La llegada de Ricardito, el novio de Margarita, estuvo en un tris de echarlo todo a rodar. Este aventajado joven era uno de los que el día antes formaban la partida de juego, y al ver a Jones disfrazado de obispo rompió a reír estrepitosamente.

— ¿Se ha vuelto usted loco? ¿Cómo se atreve a reírse en la misma cara del señor obispo? — exclamó la señora Goodly.

— Perdóneme, señora. No pude evitarlo. Cada vez que veo a un obispo, me acuerdo de una historieta que me contaron una vez... — se excusó Ricardito.

— ¡Pillín! ¡Apostaría que es la misma que yo sé! — exclamó Jones con una jovialidad que no cuadraba muy bien con la austeridad de un obispo.

La presencia de Margarita hizo exclamar a la enternecida madre :

— ¡Puedes besarle, hija mía! ¡El señor obispo es tu tío!

Ricardito sudaba, y Jones no sólo se dejó besar, sino que correspondió con efusión al cariñoso saludo de su sobrina apócrifa.

— ¡Supongo que no vas a ponerte celoso porque le di un beso a mi tío! — decía poco después la joven a su novio viendo que éste le reprobaba aquellos besos.

Llegó la hora del almuerzo. Antes de dar principio a la comida, la señora de la casa rogó a su presunto cuñado:

— Señor obispo... ¿No va usted a decir unas palabras antes de ponernos a comer?

Jones quiso ponerse a tono. Jamás se había visto en semejante apuro.

— Poco acostumbrado a hablar en público... — empezó diciendo.

Pero no pudo continuar. Las palabras se le anudaban en la garganta, y por fin resolvió la cuestión así:

— Para terminar, diré que es nuestra costumbre permanecer en silencio un minuto.

En los postres, la señora Goodly disparó la bomba final:

— Sabiendo que iba usted a venir, estuve hablando ayer con la señora Bigbi y lo he arreglado todo para que sea usted el que oficie en la boda de su hija Lucila con el señor Jones...

— ¡Hay para volverse loco! — clamaba poco después Jones, dirigiéndose al señor Goodly. — ¿Ha visto usted alguna vez a un novio casándose a sí mismo?

El estado de nerviosidad de Jones iba aumentando por momentos a medida que se acercaba la hora de la boda. Sin embargo, tenía que aparentar tranquilidad y contener sus impulsos.

Poco después llegó de visita la amiga de su novia que el día antes había conocido, y fue presentado a ella.

— El señor obispo se parece muchísimo al joven con quien iba a casarse Lucila Bigbi.

— ¿Ah, sí? — dijo Jones sonriendo falsamente.

— He dicho que iba a casarse — prosiguió la joven dirigiéndose a la señora Goodly — porque ya no se casa... Anoche la policía penetró en las habitaciones de ese Tom Jones y sorprendió una partida de poker... Entonces, Jones y otro hombre bajito y gordo, hicieron frente a los guardias...

— Deberían ahorcarlos, y eso les enseñaría a andar como las personas honradas — exclamó la señora Goodly.

— En su huida se metieron en los baños turcos, se disfrazaron de mujer y así pudieron burlar a la policía.

— Me da sonrojo — exclamó el señor obispo — el pensar que aun haya hombres que descendan a ese nivel de moralidad...

— ¿De modo que no hay boda? — preguntó la señora Goodly.

— ¡Ya lo creo! ¡De la misma manera! Sólo que el novio no será Tom Jones, sino Henry

Fuller, un antiguo pretendiente de Lucila — explicó la joven.

— ¡Ya sabía yo que ese novio de importación estaba muy por debajo de ella! — comentó la señora Goodly.

Jones tomó una decisión. Era preciso salir de aquella incertidumbre o reventar... y optó por lo primero.

— En vista de lo que usted ha contado, voy a ver inmediatamente a esa pobre muchacha... Lo que necesita en estos momentos es un auxilio espiritual que sólo yo puedo darle.

— ¿Y por qué no vamos todos juntos? — objetó la señora Goodly. — Ya es casi la hora de la boda.

En aquel momento llamaron a la puerta. El señor Goodly, que esperaba ver entrar a la policía de un momento a otro para prenderle, fué a ver quién llamaba, y volvió con el semblante demudado.

— ¡Ya se armó! — dijo al oído a Jones. — En la puerta de servicio está el lechero de esta madrugada, con una pareja.

— ¡Vamos al despacho y lo arreglaremos todo!

No tardaron en presentarse el lechero y la pareja. El primero acusó a Jones, pero el continente del obispo era tan austero, que los guardias tomaron por loco al lechero y se lo llevaron pidiendo mil disculpas al señor obispo.

Cuando se hallaron solos, Jones llamó a Lucila por teléfono :

— Hola, ricura, preciosidad, monada. ¿Sabes quién soy?

— Sí. Y me figuro que llamas desde la cárcel — exclamó Lucila en el colmo del enfado.

— No, pero estoy en una situación angustiosa, nenita... porque... porque...

La inesperada llegada de la señora Goodly hizo que Jones prorrumpiera en incongruencias, cosa que hizo rebosar el enfado de Lucila.

Tom estaba fuera de sí. La excitación se había apoderado de él y no sabía qué hacer, cómo resolver aquella situación que cada momento se iba agravando más.

— ¡Usted, sólo usted, tiene la culpa de todo lo que pasa! ¡Usted es el causante de todo! — decía, enfurecido, al señor Goodly.

Una nueva llamada del timbre cortó la respuesta del señor Goodly, el cual fué a abrir y pocos segundos después volvía con un nuevo personaje : un pastor protestante de aspecto bondadoso.

— Hermano mío... Te presento al señor obispo de... de... San Antonio de la Florida — dijo el señor Goodly, al propio tiempo que dirigía una significativa mirada a Tom.

— ¡Es preciso quitárselo de en medio! — añadió por lo bajo a Tom.

— ¿Y cómo nos lo quitaremos de en medio? — preguntó éste.

— Hermano mío : vamos a conducirte a tu habitación.

Y le llevó a un pequeño cuarto contiguo al despacho donde lo dejó encerrado.

— ¡Ahora es preciso llevarse a las mujeres! — dijo el señor Goodly.

Las damas estaban preparadas para la boda y todos se dirigieron a la iglesia.

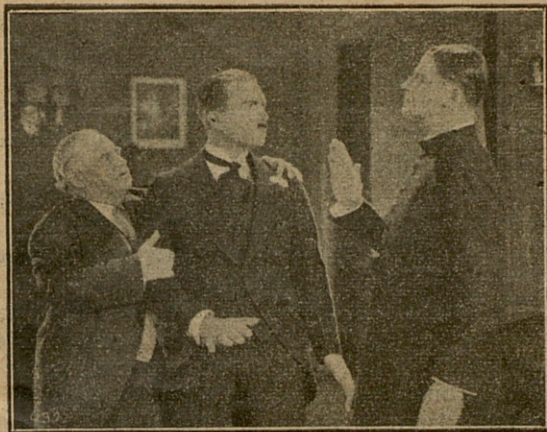
Por el camino, Jones iba abstraído pensando en el conflicto que se le avecinaba. El, Tom Jones, disfrazado de cura protestante, ¿iba a casar a su propia novia? No tendría fuerza suficiente para llevar a cabo dicho acto. Además le reconocerían, y sobre todo había una razón muy poderosa: que amaba a Lucila.

Entonces pensó en un secuestro como medida más apropiada. Lucila había accedido a casarse con su primo en un rapto de mal humor.

Sería posible que en quisiera oír sus explicaciones, pero un acto semejante de heroicidad sería una prueba definitiva que demostraría a su novia hasta dónde llegaba el poder de su amor.

Llegaron a la iglesia. La entrada estaba materialmente ocupada por la policía, que buscaba inútilmente a Jones. Este pasó ante ellos bajo su disfraz de pastor protestante, sin despertar la menor sospecha.

La nave de la iglesia estaba ocupada por los invitados. Jones pasó a la sacristía y allí encontró al novio.



¿Es usted el joven que tiene la intención de casarse hoy?

— ¿Es usted el joven que tiene la intención de casarse hoy? — le preguntó con un tono no exento de ironía.

— Sí, señor — respondió el aludido.

— ¡Ah! Es usted un hombre afortunado! ¡Va a ser éste un día del que no se olvidará jamás!

— Esa última frase del señor obispo no me ha gustado. ¡No... no me ha gustado! — dijo Henry Fuller a un caballero que le acompañaba.

Jones estaba desconcertado. Su situación era la de todo caballero ignorante de las fór-

mulas que preceden a los actos matrimoniales, y andaba de un lado a otro sin saber qué partido tomar.

Minutos después le anunciaron que la novia estaba a punto, y entonces se vistió rápidamente y salió a la iglesia.

La novia ya estaba ante el altar, junto al novio. El momento era emocionante...

— ¡Si alguno de los presentes tiene algo que decir!... — exclamó Jones.

Pero no pudo continuar. Lucila se le había quedado mirando atentamente, y de pronto prorrumpió en una exclamación :

— ¡Jones!

Tom tuvo tiempo de cogerla en brazos y llevársela ante el asombro de todos los presentes.

A la puerta de la iglesia acababa de parar un auto, y hacia él se dirigió Jones, siempre llevando en brazos a su amada. El ocupante del auto era el verdadero obispo de Santa Sinforosa de California, que había logrado escapar e iba en busca de su hermano.

Jones no se inmutó y dió orden al chófer para que prosiguiera adelante.

Mientras los estupefactos invitados miraban desde la calle como el auto se alejaba, el señor Goodly se atrevió a decir :

— Me parece que puedo explicarlo todo satisfactoriamente...

Entonces uno de los policías se le quedó mirando atentamente y después exclamó :



A la puerta de la iglesia acababa de parar un auto, y hacia él se dirigió Jones...

— ¡Usted... es «la otra»!

Entretanto, el coche corría vertiginosamente. El obispo trató de conseguir una explicación por aquel proceder incomprensible, pero Jones sólo estaba atento a su novia, la cual recobraba gradualmente el conocimiento. Cuando volvió en sí, y vio a su lado a Jones, sus labios sonrieron y oprimiéndole la mano con cariño, dijo :

— Ya sabía que vendrías a buscarme. ¡Te lo perdono todo!

— Señor obispo, ¿nos puede usted casar inmediatamente? — preguntó Jones lleno de felicidad.

Y el obispo los casó, mientras el auto iba a toda marcha devorando kilómetro tras kilómetro.

Como final de aquella memorable aventura se sabe que el austero obispo de Santa Sinforosa de California tuvo que ponerse en la ventanilla a contemplar el paisaje, porque lo que ocurría en el coche se iba haciendo insoportable para los ojos de un obispo...

FIN

ORATORIA EN VERSO

PARA BANQUETES
BODAS y BAUTIZOS

DEDICATORIAS, ENHORABUENAS,
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.

— POR —

DIEGO DE MARCILLA

■ ■ ■

PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA

8-19-2-6/8

ORATORIA EN VERSO

PARA BANQUETES
BODAS Y BAUTIZOS

ORATORIAS, ENHORNABUENAS,
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.

DIEGO DE MARCILLA

PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA

Biblioteca Ilusión

TÍTULOS DE LOS TOMOS PUBLICADOS

1. GARRAS FEROCES, por Alma Rubens y Jack Mulhall
2. YO NO TENGO CELOS, por Shirley Mason
3. EL TRONO DE LA CODICIA, por Seena Owen
4. EL ORGULLO DEL BARRIO, por Reed Howes
5. EL LOCO FURIOSO, por Reed Howes
6. MONEDA CORRIENTE, por John Gilbert
7. PRÉSTEME SU MARIDO, por D. Kenyon y D. Powell
8. CERCADOS POR LAS LLAMAS, por William Haines
9. LA SENDA DE LAS ESTRELLAS, por Shirley Mason
10. LA AMENAZA ROJA, por Jack Hoxie
11. AMAPOLA, por María Nerina y « Pitusin »
12. EL TRIUNFO DE LA VERDAD, por Jack Hoxie
13. A TODA VELOCIDAD, por Reed Howes
14. RICARDITO, NIÑO BIEN, por Ricardo Talmadge
15. EL PUENTE DE LOS SUSPIROS, por D. Mac Kaill
16. POR AQUÍ NO SE PASA, por Charles Jones
17. LA DESCONOCIDA, por Shirley Mason
18. LA PUNTUALIDAD DE RICARDO, por R. Talmadge
19. ESPUELAS Y CORAZÓN, por Charles Jones
20. LINAJE DE LUCHADOR, por Tom Mix
21. ¿CASADOS? por Owen Moore
22. PALOMITA MENSAJERA, por Fred Thompson
23. LA HACIENDA DE LOS DUENDES, por Hoob Gibson
24. EL ETERNO MURMULLO, por Tom Mix
25. UN SECUESTRO EN ALTA MAR, por House Peters
26. EL TERROR DEL MALPAÍS, por Charles Jones
27. AL ABRIRSE LA PUERTA, por Jaqueline Logan
28. VENDAVAL, por Tom Mix
29. MANCHA POR MANCHA, por George O'Brien
30. SUEÑOS DE OPIO, por Ricardito Talmadge
31. EL MONARCA DE LA SIERRA, por Tom Mix
32. DON DEMONIO, por Jack Hoxie
33. VÍA LIBRE, por John Bowers y Margarita de la Motte
34. LA LEY DE LOS PUNOS, por Charles Jones
35. EL NIÑO DE TEXAS, por Tom Mix
36. EL HUERTO DE LOS DUENDES, por Charles Jones
37. EL VAGABUNDO, por Fred Thompson
38. EL VAQUERO SEVILLANO, por Tom Mix
39. LA HIJA DEL BANDIDO, por Josie Sedgwick
40. BURLANDO A LA MUERTE, por Fred Thompson
41. EL PARAÍSO NEGRO, por E. Lowe y M. Bellamy
42. EL PRECIO DEL DESIERTO, por Charles Jones
43. PASTOR A TIROS, por Tom Mix
44. EL ENGAÑO, por Cayena
45. EL LADRÓN BLANCO, por Jack Hoxie
46. LA ALCALDESA, por Josie Sedgwick
47. EL ESPEJO DEL ALMA, por Leslie Fenton
48. LUCHA DE JUVENTUD, por William Fairbanks
49. EN LA HABITACIÓN DE MABEL, por Mary Prevost

Precio : 25 céntimos